



DOS NIÑOS CHINOS.

Generalmente se cree haber escrito la historia completa de un país, cuando se ha hecho una descripción minuciosa de sus ciudades y arrabales, sus aldeas y llanuras; cuando se han comentado las leyes del pueblo que las habita, contado sus guerras y revoluciones, dado

una idea de su gobierno, numerado sus fuerzas militares, apreciado sus recursos financieros, industriales y agrícolas, analizado su política, discutido sus alianzas, explicado su religion, valuado sus monedas, escrito sus costumbres, trages y fisonomía. Créese generalmente, repetimos, que nada hay mas que decir de un pueblo despues de haber hablado del censo de la poblacion, comparado entre sí sus diversas clases, enumerado sus privilegios, revelado sus intrigas y probado sus disensiones; y se pregunta uno si habiendo hablado largamente de las producciones del pais y de sus naturales, de su modo de vivir y su temperamento, sus sombreros y calzado, de sus pipas y armaduras, de su barba y su cabellera, de su música y su pintura, su cocina y sus pesos y medidas, sus bailes y arquitectura, es posible que se haya olvidado alguna cosa.

Pues bien, sí, es posible!

Y no solo es posible sino cierto, pues se ha olvidado hablar de los niños del pueblo en cuestion.

O si se ha hablado de ellos, ha sido con tan poca ceremonia, que se les ha tratado como si no existiesen, consagrado tres palabras apenas para dárnoslos á conocer, cuando tal vez no serían suficientes diez tomos

Y si no, ¿qué es lo que sabemos de los pueblos antiguos?

Que para acostumbrarlos al dolor en Esparta, les daban azotes sobre el altar de Diana, y que coronaban de verde al desgraciado niño que gritaba con menos fuerza y tenia mas dura la piel.

Que en Persia les obligaban á dar cabriolas á caballo para acostumbrarlos desde muy temprano á los ejercicios ecuestres.

Que en Roma los arrojaban al Tiber cuando solo tenian seis años, so pretexto de aprender á nadar, y que solo sacaban á los que salian á flor de agua.

Por cierto que se contentará con esto el lector que anhele poseer algunas nociones con respecto á los niños! Ni una linea acerca de sus gustos! ni un detalle sobre

sus juguetes! Ni si tenían trompos, ni de qué madera los hacían! ni si conocían los dulces, ni en que platos comían las natillas! ni si partían las almendras garapiñadas, ni en donde las tomaban! Nada, ni la menor revelacion, ni una jota acerca de los barquillos, los pasteles y los bizcochos antiguos! Y así es como se escribe la historia!.... Qué disparate!

En cuanto á nosotros, que no queremos sufrir igual crítica por parte de los niños que sobrevivan á la generacion que todavia no ha nacido, y para quienes el *Mentor de la Infancia* debe servir algun dia de enciclopedia universal, nos proponemos llenar aquí una laguna importante en los fastos infantiles, contándoos la historia de dos chinitos de nuestra época, Fo-Hi y Fo-Land, sumamente dignos de toda vuestra simpatía.

Esta historia, que desprovista de todo adorno accesorio sería ya de gran interés, tiene mas atractivo por lo raro del sitio en que pasa la escena y lo extraño de los personajes, del mismo modo que un hermoso cuadro recibe nuevo lustre del dorado de su marco, ó una caja para tabaco diplomática se enriquece con el brillo de sus brillantes.

A propósito de caja para tabaco... Mas esto nos llevaría demasiado lejos, y hemos reflexionado que nunca debemos, ni aun á propósito de cajas para tabaco, dar motivo para que nos acusen de que divagamos. Volvámolos á China, y procuremos permanecer en ella.

En cierto jardin de ese pais, dos niños jugaban en la yerba y se entretenían en coger flores, no siendo otros que Fo-Hi y Fo-Land, hermanos gemelos tan parecidos en la estatura y el semblante que hasta el señor Hau-Kiou-Kang, su mismo padre, solía equivocarse algunas veces. Estos engaños que casi siempre terminaban en explosiones de caricias, en que aquel buen padre confundía á sus hijos en un mismo abrazo, confundiendo tambien sus nombres, estrechaban mas y mas la amistad fraternal de Fo-Hi y Fo-Land. Sin embargo, existía una anomalía notable, por lo cual era facil dis-

:

tinguir al uno del otro: Fo-Hi tenia dos puntas en la lengua ni mas ni menos que las vívoras; pero este era un fenómeno de nacimiento que en nada alteraba la voz del niño, igual en un todo á la de su hermano, y escepto el señor Hau-Kiou-Kang, nadie sospechaba semejante particularidad.

El señor Hau-Kiou-Kang era librero y además viudo, y como tenia un caracter dulce y pacífico, humor jovial y complaciente, extraordinaria probidad y mucha habilidad en su arte, no habia un vecino que no fuese su amigo, en la apariencia al menos.

No faltaba además quien le consultase acerca de intrincados asuntos, y todos salian contentos, porque el señor Hau-Kiou-Kang era muy buen consejero, y pasaba su vida en publicar almanaques, siendo este su fuerte.

Y no vayais á creer que en China es un almanaque como entre nosotros un librito lleno de necedades, y que peca no solo contra el buen sentido sino contra las nociones astronómicas. En primer lugar, en China es un almanaque un librito amarillo, y en segundo un tesoro de sabiduría, como vais á ver en seguida.

Abro la primera página del almanaque chino para el año 18... en que empieza esta historia, y leo: «*Almanaque redactado con arreglo á las tablas imperiales y aprobado por el consejo de los astrónomos.*—Cualquiera que lo falsifique será decapitado, y el que denuncie al falsario recibirá en premio de su buena accion cincuenta onzas de plata.

Comprendereis la necesidad de esta amenaza luego que os lea los pasages siguientes de la celeste algarabía, advirtiándoos que una sola palabra desfigurada trastornaría completamente la existencia pública en China.

«Hoy (4.º dia del primer mes) podeis sacrificar, «orar, publicar una obra, visitar á los magistrados, «tudiar, celebrar matrimonio, ir á ver á vuestros deudos y amigos, salir, mudar de habitacion, lavaros y «bañaros, afeitaros la cabeza, cortar, remendaros vuestro «tro traje, cultivar la tierra, colocar los pilares y la

«viga principal de una casa, abrir un mercado ó tienda, un canal ó acueducto, abondar un pozo, poner una rueda de molino, sembrar y plantar, y por último dar de comer á los ganados.

Pero si haceis otra cosa, peligra el estado, y mereceis que os den de palos.

Y mas lejos, siempre en el almanaque:

«En el segundo mes florecen los albérechigos, canta la oropéndola, los buitres se convierten en langostas, las langostas mueven las alas arrullándose, el pájaro fai-ching se encarama á las moreras, vuelven las golondrinas, brota la lenteja y torna á verse el arco-iris. — En el tercer mes, se transforman en codornices las ratas de los campos. — En el séptimo, cesa el viento fresco, cae la culebra, canta la cigarra, el buitre devora á los pájaros que coge, empiezan á separarse el cielo y la tierra, y los insectos que viven en esta inclinan la cabeza hácia abajo. — En el noveno, los gorriones asaltan los grandes lagos y se convierten en ranas. — En el décimo los faisanes se mudan en grandes ostras.»

¿Qué decís de estas ostras? ¿no os parece que serán excelentes para ponerlas en el asador?

Por lo que hace á los almanaques publicados por la casa de Hau-Kiou-Kang, debo declararos que no podían ser falsificados, y esto se concibe muy bien, pues el señor Hau-Kiou-Kang era librero imperial, y como tal tenia derecho á ser decapitado sobre su propio mostrador, á la primera notificación de cualquiera de los trece mil novecientos diez y seis inspectores de almanaque. Por esto os damos al frente de este número un infante chino (tigre de guerra) que se hallaba de guardia á la puerta del librero.

Pero ahora recuerdo que hemos dejado á Fo-Hi y á Fo-Land jugando inocentemente en el jardín de su padre, donde nos esperan haciendo ramilletes: volvamos pues en su busca, si así os place, y cojamos algunas flores en compañía suya.

(Se continuará.)

HISTORIA SAGRADA.

REINO DE JUDA.

Destruccion de Jerusalem.

I.

CAUTIVERIO DE JOACAS EN EGIPTO. —IMPIEDAD DE JOAQUIN.

Muerto Josías, alzaron la cabeza los impíos, y todo lo pusieron en obra para destruir lo que hiciera.

Por el contrario los fieles lloraron á aquel príncipe con lágrimas amargas, pensando que su muerte iba á entregar el reino de Judá á los crímenes de que él le habia purificado.

Joacas fué llamado al trono con desprecio del derecho que tenían sus hermanos, como mayores en edad, y apenas habia reinado tres meses cuando Necao, rey de Egipto, fué á acampar con un ejército respetable en Reba, situada en la tierra de Emath, la cual dependia de la tribu de Nephtali, al pié del Líbano.

Joacas cayó prisionero, y despojado de las régias insignias, le destituyeron del gobierno, enviándole á Egipto, donde pereció miserablemente.

En seguida Necao marchó sobre Jerusalem, y colocó en el trono á Eliacin, hijo de Josías, y que dejó su nombre para tomar el de Joaquin, á fin de recordarle que le debia el poder.

Necao impuso un tributo oneroso que Joaquin se apresuró á pagarle, y entonces partió para volverse á su reino.

Libre Joaquin enteramente, abandonóse á sus furiosas pasiones, escediendo en lo impío á todos sus pre-

decesores, incluso Achaz, mas impío que todos. Indignado el pueblo de sus crueldades, se rebeló, y acorralado Joaquín como una fiera, se defendió con encarnizamiento; pero al fin le apresaron, y encerrado en una jaula de hierro fué conducido al rey de Babilonia, quien le retuvo en clase de prisionero.

No puede leerse sin bramar de indignación el relato de los crímenes de este príncipe. Entre otros, persiguió sin descanso á los profetas Jeremías y Urías, quienes animados del espíritu del Señor, procuraban atraer el pueblo á mejores sentimientos, anunciándole los castigos que le esperaban si insistía en su impiedad.

Suscitó contra Jeremías profetas falsos que desencadenaron contra él al populacho, y poco faltó para que el santo varón fuese apedreado; pero sabiendo lo que sucedía los príncipes de Judá, y parte de los oficiales superiores, se trasladaron al templo á fin de restablecer el orden. Entonces acusaron á Jeremías de embustero, declarándose en su contra los malos sacerdotes y los profetas falsos.

Jeremías los dejó hablar al principio, y levantándose despues habló con palabras tan bellas, nobles y santas, que toda la asamblea se conmovió, y fué puesto en libertad; pero esta victoria aumentó el furor de sus enemigos.

II.

CAUTIVERIO DE JOAQUÍN EN BABILONIA.—SU VUELTA.—SU MUERTE.

El instante de la venganza celeste se acercaba, siendo el gran Nabucodonosor, rey de Babilonia, el escogido por Dios para que fuese el instrumento de su cólera.

De repente entró en Judea, llevándose prisioneros á Babilonia al rey Joaquín y todos sus oficiales.

El templo fué saqueado por el vencedor, quien se llevó todos los vasos de oro y plata para dedicarlos al servicio de sus dioses.

El rey de Babilonia murió al volver de su expedi-

cion, subiendo al trono su hijo, llamado del mismo modo. Puso á Joaquin en libertad, con condicion de que solo sería un intendente encargado en administrar para él el reino de Judá.

Dios quería dar algun mas tiempo á aquel pueblo antes de castigarle, para que se arrepintiera; pero Joaquin no varió de conducta, antes por el contrario afligieron al reino sus crímenes, su impiedad y su crudeza.

El Señor anunció á Jeremías que habia llegado el momento fatal, y reuniendo el profeta á los habitantes de la ciudad santa, les dijo:

«Hé aquí las palabras del Señor:

—Puesto que no habeis hecho caso de las advertencias que os he dirigido por conducto de mis profetas, haré que vengan todos los pueblos del aquilon, y pondré á su cabeza á Nabucodonosor, rey de Babilonia. Los conduciré á esta tierra en contra de sus habitantes y todas las naciones inmediatas, á fin de que los pasen á cuchillo, y esta tierra se convertirá en un espantoso desierto, permaneciendo cautivos en Babilonia por espacio de sesenta años.»

Esta profecía, tan clara y terminante, debiera haber hecho profunda impresion en los judíos; pero á tal punto habia llegado la corrupcion que se reian de estas amenazas.

El santo profeta, iluminado por el Señor, dictó á Baruch, su secretario, las palabras que el Señor le habia dicho durante mas de veinte y cuatro años, y con las cuales formó un libro completo. Luego que lo concluyó mandó á Baruch que lo leyese al pueblo, y enfurecido Joaquin, dió orden para que fuese quemado el libro, y quiso quitar la vida á Jeremías y Baruch. Pero el Señor habia tomado bajo su proteccion á sus dos fieles siervos, y los oficiales del rey no pudieron descubrirlos. En su retiro hicieron un libro igual al que fué quemado.

Hacía tres años que Joaquin habia vuelto á su reino, cuando resolvió dejar de pagar á Nabucodonosor el

tributo que le debía. Luego que lo supo aquel príncipe entró en Jerusalem, y sin tratar á la ciudad como poblacion conquistada, dejó en ella oficiales y tropas que vigilasen la conducta de Joaquin. Hecho esto, escogió en la corte y la ciudad todos los príncipes de la sangre, todos los señores, todos los generales mas hábiles y los consejeros mas entendidos, para llevarlos cautivos á Babilonia, sin ninguna esperanza de volver á ver su patria, empezando á contarse desde aquella época los sesenta años de cautiverio.

Apenas se retiró Nabucodonosor, entregóse Joaquin con mayor furia que nunca á todas las estravagancias de la idolatría, pasando once años de esta suerte, hasta que murió, cumpliéndose la profecía de Jeremías, pues fué arrojado su cadáver al muladar como el de los animales mas viles.

III.

SEDECÍAS.

Aunque el pueblo de Judá estaba sometido al rey de Babilonia, no temió abrogarse el derecho de elegir un príncipe que le gobernase, siendo nombrado rey Jeconías, hijo de Joaquin.

Apenas lo supo Nabucodonosor entró en Judea, apoderóse de Jerusalem, hizo pedazos los vasos de oro que Salomon habia colocado en el templo, y se hizo dueño de todos los tesoros que contenia.

Despues sacó de Jerusalem á todos los oficiales, todos los soldados, consejeros, jueces del pueblo, buenos trabajadores, y por último todo cuanto podia dar algun brillo ó alguna fuerza á la ciudad, conduciéndolos prisioneros á Babilonia.

El Señor, en su misericordia, envió á aquel afligido reino hombres de su eleccion, destinados á consolar á los infelices, y á hacerlos entrar en la práctica de la ley santa con sus fervientes predicaciones.

Nabucodonosor, antes de volverse á su reino, pensó que para asegurar su autoridad en aquella poblacion sin jefe, debia elegir uno, por lo cual nombró á Sedecias, tio de Jeconias, y último hijo del santo rey Josías.

Llamólo á su presencia, y le declaró delante del pueblo reunido, que le entregaba el reino de Judea para que lo gobernase con prudencia, bajo iguales condiciones que Jeconias. El nombrado se comprometió á ser fiel á fin de no obligarle con su rebelion á que cebase su crueldad contra él.

Deslumbrado Sedecias con el brillo de una corona, prometió cuanto quisieron, y entonces partió Nabucodonosor, creyendo haber asegurado la tranquilidad de sus conquistas.

El nuevo rey no supo aprovecharse de la advertencia del Señor, y nada influyeron en él los consejos de Jeremías, quien no pudo decidírle á dar á sus súbditos ejemplo de una vida piadosa.

Desde luego Sedecias preparó en secreto los medios de substraerse al dominio del rey de Babilonia, y formó alianza con algunos pueblos inmediatos para derribar á aquel poderoso monarca. A fin de que este príncipe no sospechase, le envió embajadores con magníficos regalos y el tributo que le habia prometido.

Jeremías continuaba sus predicaciones en Jerusalem, pero nadie las oía. El profeta Ezequiel, por su parte, se ocupaba en conquistar para el Señor á los cautivos de Babilonia, y sus palabras, piadosamente acogidas por aquellos infelices, llevaban la fé á su corazon, inspirándoles el amor hácia Dios Todopoderoso.

IV.

DESTRUCCION DE JERUSALEN.

Convencido Sedecias de que nada sospechaba Nabucodonosor acerca de sus proyectos, apresuró el momento de la ejecucion.

No quiso pagar el tributo, por cuya causa se espar-

ció como un torrente por Judea el ejército enemigo, invadiéndolo todo, y llegando hasta las puertas de Jerusalem. Sedecias, llevado de culpable hipocresía, recurrió á la religion, no porque conociese penetraba en su corazón el arrepentimiento, sino para engañar á Dios y obtener el socorro de su potente brazo á fin de librarse de sus enemigos.

La ciudad se defendió contra Nabucodonosor por espacio de tres meses, yendo á aumentar los males de la guerra el hambre. A tal extremo llegó la penuria que tuvieron que comer los insectos mas viles, y hasta devorar los cadáveres humanos que el hambre tendia en las calles. Tanta fué la mortandad que las plazas y las casas se hallaban atestadas de cadáveres, resultando de esto que el aire se inficionó, declaróse la peste, y perecieron las tres cuartas partes de los habitantes.

Pero Sedecias confiaba en que sus enemigos se cansarian, y seguia haciendo resistencia.

Algunos judíos fieles, instados por Jeremías, salieron en secreto de la ciudad, y fueron á implorar la piedad de Nabucodonosor, cuyo príncipe les concedió la vida, mandando conducir á Babilonia á ochocientos treinta y dos que eran.

Jeremías, animado de un valor divino, vituperaba sin cesar los crímenes de los impíos, por lo cual pidieron su muerte los oficiales de Sedecias. El rey les entregó el profeta, y los desalmados le arrojaron á un pozo profundo, lleno hasta la mitad de lodo é inmundicia.

Dios no abandonó á su fiel siervo, pues un oficial del rey, menos corrompido que los demás, lo sacó de aquella hedionda fosa, dándole libertad.

Al cabo de un sitio de mas de dos años y medio, apoderáronse los enemigos del primer recinto de la ciudad, y como los soldados judíos solo podian oponer á sus arremetidas rostros pálidos y cuerpos desfigurados por el hambre y la peste, á los cuatro dias ya los contrarios habian tomado por asalto los otros dos recintos de la ciudad.

Entregada Jerusalem al saqueo, la sangre corria á torrentes en el templo, las casas, las calles y las plazas públicas, siendo inmolados hasta los sacerdotes, niños y ancianos.

El Señor habia sufrido muchos y grandes ultrages, y se vengó sin misericordia. Su espada vengadora habia salido de la vaina, segun las palabras del profeta, y no podia volver á entrar en ella sino empapada en sangre y harta de matar.

Jerusalén se parecia, no á una ciudad, sino á un inmenso cementerio lleno de un millon de cadáveres amontonados unos sobre otros.

Sedecias intentó huir con los suyos; pero le prendieron, llevándole á presencia de Nabucodonosor. Este príncipe mandó que delante de él quitasen la vida á todos cuantos le habian seguido, y hecho esto, sus soldados sacaron los ojos á Sedecias, yendo á arrastrar en Babilonia su miserable vida así mutilado; pero murió á poco.

La ciudad y el templo cayeron despues incendiados por el vencedor, quien la derribó hasta en sus cimientos.

El profeta Jeremías, protegido por Dios, fué perdonado por Nabucodonosor, volviendo á Jerusalem á fin de ejecutar las órdenes que habia recibido. Hacia mucho tiempo que habia escondido en un sitio secreto el fuego sagrado, el arca de la alianza y el altar del incienso. Acompañado de algunos fieles, fué en busca del precioso depósito, y dejando el fuego sagrado, únicamente se llevó el altar y el arca.

Cuando llegó á orillas del Jordán, Dios le descubrió una caverna profunda, en la cual ocultó el tabernáculo y el altar, sin ser visto de nadie.

Jeremías se volvió en seguida á Jerusalem, donde todavía se hallaban algunos habitantes de las poblaciones inmediatas. Las disensiones intestinas, las insurrecciones de aquellos miserables, escitaron la cólera de Nabucodonosor, de suerte que tambien los hizo cautivos.

Solo quedaron en Judea algunos pobres campesinos sin fuerza ni poder.

El Egipto habia dado asilo á gran número de judíos, quienes se entregaban á continuas turbulencias, y el rey de Babilonia asoló aquel país, asesinando sin piedad á cuantos osaron contrarestar su poder.

Así pereció ese pueblo, tantas veces culpable, y á quien perdonó en su misericordia otras tantas. Grande fué su paciencia; pero su justicia fué terrible, realizándose completamente las predicciones de los profetas!

TRIBULACIONES Y DESGRACIAS DE UN IGNORANTE.

CUARTA Y ÚLTIMA PARTE.

I.

Tierra firme.

Cuando los marinos, en su lenguaje grotesco y lleno de franqueza, hablaban de la tierra, la daban nombres muy originales y significativos. En cuanto á mí, la pisaba con placer, y bendecía esa bienaventurada tierra, que nunca debí dejar, y por la cual pude haber caminado con ventaja si (maldita pereza!) no me hubieran causado asco las lecciones de mi padrino.

Sí, ciertamente, porque ¿de qué provenian todas mis desgracias, sino de mi incapacidad tocante á las nociones fundamentales de esa instruccion primaria, sin la cual no es posible, no digo hacerse superior á los demás, sino ni aun llegar á nada en la inmensa escala de las condiciones sociales?

Ah! por cierto que el tiempo y el sitio eran los mas á propósito para lamentarme y decir *mea culpa*, cuando solo debia cuidarme de lo embarazoso de mi situacion.

«Andando» dijo el capitán, luego que dejaron la embarcación en una pequeña ensenada: «llevad vosotros las cajas donde van las provisiones, y tú (esto se entendía conmigo) carga con mi maleta.»

Y me colocó en las espaldas el voluminoso costal que hacía veces de baul.

«Ahora seguidme, y que ninguno despegue los labios!»

La luna logró desasirse de un grupo espeso de nubes, y dejaba ver en todo su esplendor el disco plateado de su blanca transparencia; en derredor suyo y por todo el firmamento brillaban miles de estrellas como otros tantos gusanos de luz, y una brisa suave y olorosa agitaba dulcemente las hojas de los árboles, siéndonos preciso encorbar la cabeza para pasar por debajo de aquel follaje.

Así caminamos durante una hora, siempre á paso de lobo y sin pronunciar una palabra, de suerte que nuestra gente, en su marcha silenciosa y triste, mas bien se parecía á un acompañamiento mortuario, que á una caravana.

Al fin llegamos al término de nuestro viaje, haciendo alto delante de un edificio de lúgubre aspecto. Mas bien que edificio era un montón de rocas sin entrada conocida, sepultadas casi del todo en medio de árboles corpulentos y frondosos, que no parecía sino que habían sido puestos allí para ocultar aquel sitio á las miradas de los extraños.

Al ver aquel edificio me acordé de pronto de que yo sabía un cuento que me solía contar mi madre, donde había unos restos antiguos que se llamaban el *Castillo del Diablo*, y este recuerdo involuntario trajo á mi imaginación un tropel de visiones satánicas y terríficas.

El comandante dió tres golpes á la usanza de los caballeros errantes, en una especie de claraboya, y á poco respondió una voz humana, cuyo acento, aunque femenino, no era de los mas melosos.

Al ¿quién está ahí? de la dama, contestó el señor

Feotas una ensarta de nombres, títulos y empleos, é inmediatamente se abrió delante de nosotros una puerta estrecha, cuya existencia jamás habria yo sospechado.

II.

La caverna.

Entramos en aquella singular vivienda, cuya rareza interior se hallaba muy de acuerdo, si puede decirse así, con el raro aspecto exterior.

Era una cerca de bastante extension, formada por unas paredes amarillentas de madera, guijarro y lodo, y que tenia por techo una especie de maderamen de tinglado, compuesto de unas vigas de todos tamaños, cruzadas en todas direcciones, y de las cuales colgaba una infinidad de objetos de todas clases y condiciones, como en un bazar ó una tienda situada en el campo donde se celebra una feria. Aquí mercancías, allí armas; en un lado diferentes vestidos, en otro municiones de guerra y víveres, de todo lo cual deduje era el lugar de depósito oculto, donde los piratas amontonaban el fruto de sus rapiñas.

La luz del dia no debia penetrar en aquel sitio, pues no tenia por donde entrar, siendo esta una de las muchas precauciones tomadas para que no se descubriese aquella caverna. Una lámpara negra y llena de humo ardía de dia y de noche en aquel antro espantoso, que me causó una impresion terrible con su aspecto cavernoso y todo aquel aparato de mal agüero.

El ama de casa tenia un rostro de gitana vieja, y hablaba en una gerigonza que ni el mismo diablo podría entender.

Determinadas algunas disposiciones preparatorias, sentóse á la mesa mi gente, poniéndose á tragar como buitres. Yo participé tambien del festín, y sin volver á ocuparse de mí en manera alguna, me dejaron en el rincon donde fui á situarme desde que entré, sin duda

para que descansase de mi fatiga, no tardando en entregarme á un sueño reparador y benéfico.

Mi sueño, sin embargo, no fué de larga duracion, pues fueron á sacarme de mi adormecimiento el ruido de los vasos y las carcajadas que daban los señores piratas.

Sin alzar la cabeza aguzé mis dos oídos, y en medio de la ruidosa y desordenada confusion de los bebedores, pude recoger algunas notas que me instruyeron del sitio donde á la sazón residia, segun verán VV.

Cuando el *Vigilante* se vió acometido y cayó en poder de aquellos malhechores, navegábamos por las costas del Brasil, saltándonos muy pocos dias para tocar en Rio Janeiro, puerto á donde dirigíamos nuestro rumbo. Luego que el capitan Feotas perdió, como han visto VV., la esperanza de volver á apoderarse de su presa, sepultada para siempre en el mar, despues de navegar, segun ya he dicho, con direccion á esas mismas costas, habia bajado hasta la Tierra de Fuego, doblado el cabo de Hornos, punto mas meridional de América, y entrado en el mar del Sur, hasta que tomó tierra cerca de la punta llamada Lengua de Vaca, donde desembarcamos la vispera.

A la sazón nos hallábamos á algunas leguas de Coquimbo, en la república de Chile, pais que sin ser el *Perú*, no es menos rico que este en minas de plata y oro.

Bien hubiera querido saber mas; pero el sueño no me dió este gusto, pues dejándome llevar de su influjo, aunque tenia una gran curiosidad de averiguar ciertas cosas, de repente se cerraron mis ojos y mis oídos.

A fé mia que dormí á puños cerrados tanto y tan bien, que cuando abrí perezosamente los párpados, ya el sol habia andado las dos terceras partes de su carrera, de suerte que al salir de mi letargo me encontré listo y dispuesto, como si todos mis dolores no hubieran sido mas que un sueño.

(Se continuará.)